

José Enrique RODO

Cincuentenario del
"Proteo" póstumo

por Alejandro Paternain

I

Ha de ser éste el más curioso aniversario en torno a una de las mayores figuras de nuestras letras. "Últimos motivos de Proteo" vio la luz en 1932, con prólogo de Dardo Regules, y con un subtítulo que decía: "Manuscritos hallados en la mesa de trabajo del Maestro". Se conmemora, por lo tanto, el cincuentenario de un libro póstumo. Y ese libro, que anuncia —ya desde su título— la conexión con su máxima obra, generó polémicas y revisiones. En buena medida, "Últimos motivos" sufrió alteraciones en su título, en su estructura y en sus textos. Su existencia fue tormentosa, y no se avizora por el momento la bonanza indispensable para oír la palabra definitiva. La versión de 1932 se debió al celo y el cariño de los hermanos del escritor. Las investigaciones posteriores señalaron los desajustes y las carencias de aquella edición, cuyo medio siglo celebramos. En 1957, Emir Rodríguez Monegal prologó una edición de Obras Completas de Rodó, sustituyó el título de "Últimos motivos..." por el de "Proteo" e indicó una reordenación. Roberto Ibáñez examinó el problema, denunció los yerros de la nueva compilación y anunció una restauración personal de la discutida obra. Todo ello pertenece a la historia, y puede leerse —o recomponerse— repasando el prólogo de Rodríguez Monegal a la segunda edición de Aguilar, que es de 1966, y el extenso trabajo de Roberto Ibáñez aparecido en 1967.

"Últimos motivos...", después de ser retitulado en 1957 con el lacónico vocablo "Proteo", recibía diez años después, por obra de Ibáñez, su título tercero: "Otros motivos de Proteo". El libro que motiva estas páginas se convierte

—por la acción de múltiples factores— en texto triple. Las lecturas, en consecuencia, han de ser múltiples: las tres versiones se corrigen entre sí, se modifican, se superponen.

El proteísmo que predicó Rodó ha desembocado, al fin, en un fragmentismo que no desmiente el afán de libertad y de cambio del escritor. El Proteo póstumo no podía ir más allá del estado fragmentario, y así, por el momento, debemos aceptarlo.

II

No es posible negar que un orden adecuado de lectura rendiría beneficios ciertos. Pero no es posible negar que la lectura intermitente, la lectura que puede *suspenderse sin violentar conexiones* (y sin exigir las) ha de rendir beneficios mejores. Uno de ellos es el de la variabilidad, el de la mutación enriquecedora, el del pasaje alternado de estados anímicos, reflexiones, insinuaciones de la sensualidad o del ensueño. Así leemos sobre el dolor, y conocemos cómo transforma la existencia; cómo es, al mismo tiempo, medicina para la ironía pueril y alimento para nutrir el carácter; cómo renueva, ilumina y enseña; cómo es, al fin, verdadero y necesario. Leemos sobre el pasado y tenemos noticias del recuerdo contemplativo y del recuerdo utilitario, del recuerdo-esperanza y del recuerdo-sueño. Leemos sobre la voluntad y sobre la edificación del carácter. Y comprendemos que hubo en Rodó un estoico enfrentado con sus propios desgarramientos, con sus crisis íntimas, con su sentimiento profundo de la "dignidad patricia de la vida". Libro sometido a controversias; libro fatalmente inconcluso; libro que complementa una obra consolidada y, en sus líneas generales, inamovible, todo

juicio global ha de tener en cuenta esa vocación de "geórgica moral" que sustenta el proteísmo rodoniano. Más aún: parecería que todo juicio fuese un despropósito, una coartada para someterlo con desventajas a la prueba de la actualidad, o, sencillamente, una excusa para no leerlo. Pero es imprescindible hacerlo. Rodó padece, todavía, hipertrofia de prejuicios y penuria de estimaciones nacidas de una lectura solidaria y admirativa, paciente y límpida.

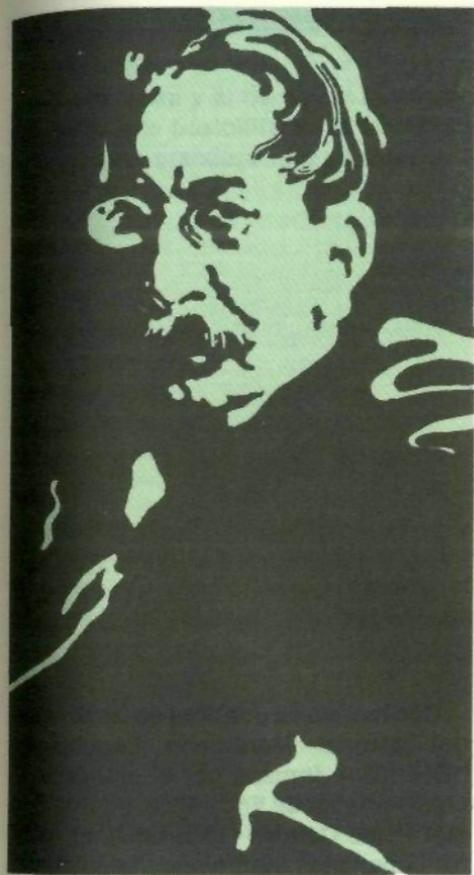
Sabemos que su prosa ya no es de este tiempo; comprendemos que muchas de sus ideas sirven escasamente —o no sirven— en un mundo dominado por una tecnología invasora y una publicidad que sustituye a la comunicación; sentimos que el ritmo de su discurso no puede adaptarse a la arritmia de nuestros días. Como contrapartida, también sabemos que nuestros defectos y carencias interceptan la visión de sus virtudes; que nadie —o casi nadie— entre nuestros escritores se molesta por dominar a fondo el instrumento expresivo, ni por escribir con claridad, amenidad y gracia —de lo cual no resultarían, por cierto, maravillas, sino, al menos, textos legibles; que nadie, o casi nadie, siente por el lenguaje esa relación erótica que permitiría un ejercicio ardiente y libérrimo de progreso artístico. Por todo ello es difícil saborear la prosa de Rodó; y aún más difícil, amarla. El gusto actual tolera sus páginas periodísticas —las últimas crónicas de viaje—, algunas parábolas, ciertos ensayos de "El Mirador de Próspero", y muy poco más. ¿Y los "Últimos motivos..."? Son, según hemos dicho, fragmentos. Tal condición los absuelve ante el tribunal imprevisible de la actualidad.

III

A pesar de esos fragmentos admirables que son "Armonía del alma y del mundo" y "De la noche musical a la noche estatuaría" —dos de las mejores prosas de Rodó— mantengo una conmovida preferencia por el pasaje que se ha hecho costumbre, ya, reconocer con el título de "Albatros".

En otras oportunidades, me he referido a la historia de ese personaje a quien sus amigos llamaban Albatros. "Era un espíritu dulce y afectuoso", dice Rodó. Y agrega después: "En lo físico le singularizaba, sobre todo, su andar torpe, vacilante, como de ebrio, al que debía el nombre que le dábamos; venía este nombre de aquella página de las "Flores del mal" donde, para simbolizar la ineptitud divina del poeta cuando desciende a lo prosaico del mundo, se evoca la imagen penosa del albatros, que, cazado por la gente de mar, arrastra en la cubierta del barco su cuerpo sin gracia ni gobierno".

Rodó narra el regreso de ese hombre a quien sus amigos daban por desaparecido o muerto. Apóstata de los ideales juveniles, había trocado la poesía de la vida por la prosa de la rutina y de la mediocridad. Pero sus entusiasmos no se habían extinguido. Los muchos años de ausencia, de tareas penosas y ordinarias, conservaron intacto un tesoro que ahora exponía ante el asombro y la melancolía ajenos. Soñaba con formas artísticas grandiosas; preveía destinos creadores y potentes; imaginaba una sociedad donde vida y poesía se aliasen en unidad formidable; y quería otra vez aquellos tiempos de juventud, dorados por la maravilla de una renovación perpetua y de un creciente enriquecimiento. Dos cosas habrían de oponerse a la energía de sus



sueños: la muerte, que ya le rondaba, y la sequedad de alma de sus amigos. Porque éstos, que habían persistido en sus quehaceres artísticos, vivían como sombras, humillaban día tras día los afanes juveniles y eran incapaces de una resurrección que fuese a la vez regreso a la juventud y florecimiento de esa misma juventud en madurez estupenda.

Albatros ha renacido, y renacer es vivir el milagro de su propia juventud. Don o reconquista, poco importa. Juventud es siempre renacimiento, manantial inagotable, fiesta reiterada. Nada se ha perdido. La ingenuidad reaparece no para desconocer y equivocar caminos, sino para limpiar de malicia y de crítica perversa el corazón. La fe y el entusias-

mo recobran su tono, dejan de ser añoranza y se transfiguran en atributos reales. Soñar una empresa es acometerla, poner en obra un proyecto es entrar en relación con la totalidad de las cosas. El signo de la juventud es el horizonte; su habitación, el espacio abierto; su motor, la apetencia de grandeza. El mundo es lugar modificable y su transformación empieza cuando se aceptan la audacia, el impulso y la tenacidad.

La resurrección de Albatros no es definitiva, ni puede serlo. No sólo porque tras esa primavera milagrosa se embosca la muerte, sino porque la dimensión en que su vida se desarrolla y dramatiza —el tiempo— no tolera lo definitivo. Sumo innovador, el tiempo permite la metamorfosis y la renovación. Aliado del proteísmo, contiene todas las posibilidades. Pero el transcurrir no es bueno ni malo en sí mismo. Puede colmar o vaciar, ser germen que llega al árbol y al fruto, o hilo de agua que se pierde en aguas más vastas. La resurrección de Albatros acata esa ley del transcurrir; no acata, en cambio, la ley de la irreversibilidad. Su vida vuelve a su propia fuente sin retroceder; recobra su riqueza sin desandar caminos; hace del pasado, presente. Su trayectoria atestigua la potestad de lo reversible. El tiempo genérico deviene *su* tiempo personal. La memoria no es imagen para la nostalgia, sino alimento actualizado. Su adolescencia no había muerto, dormía; su fe y su entusiasmo no estaban deshechos, sino ocultos. Su vida anterior regresa. Su tiempo es destiempo o contratiempo admirable. Fugaz o delirante, su restauración tiene el sabor insustituible de la victoria.

¿No alcanza con esto para justificar la relectura de un libro póstumo y fragmentario, que ha cumplido ya su medio siglo?